

VINAGRE

**El alcohol vació mi vida y dejarlo casi
llena mi cuenta bancaria**

JORGE MATÍAS

© Del texto
Jorge Matías

© Next Door Publishers, SL
Primera edición: octubre 2023

Editor: Oihan Iturbide
Diseño: Ex.Estudi
Corrección y composición: NEMO Edición y Comunicación, SL

N E X T —
D O O R . . .

P U B L I S H E R S

Next Door Publishers, SL
www.nextdoorpublishers.com
www.yonkibooks.com

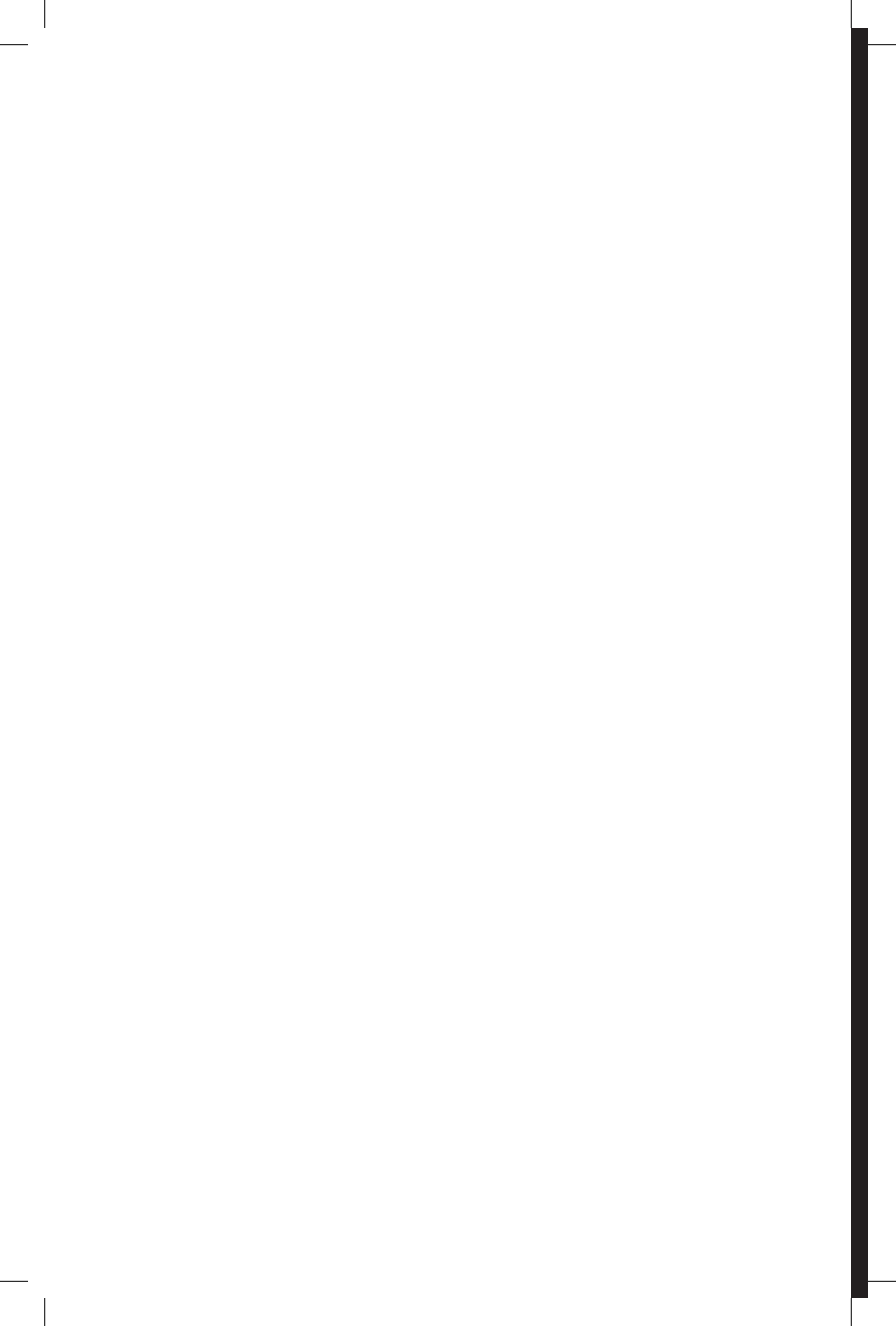
ISBN: 978-84-126300-8-4
DEPÓSITO LEGAL: NA 1875-2023

Gráficas Alzate
Impreso en Navarra, España

El papel utilizado tiene certificado FSC y PEFC que garantizan la gestión sostenible de las materias primas y una trazabilidad completa desde los bosques de origen.

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Pilar, todos los libros
Para Marta, por lejos que esté



1

Era mi cumpleaños, un 29 de agosto. Salí a celebrarlo yo solo, por la mañana. En Alcalá de Henares eran las fiestas de San Bartolomé. Me la sudaban fuerte las fiestas de San Bartolomé. Caminé hasta la calle Libreros. Un poco antes de llegar a los Cuatro Caños, giré sobre mis talones. Mientras volvía sobre mis pasos, fui probando todos los bares que me encontré de camino. Al llegar a la primera terraza justo después de la plaza de Cervantes, ya en la calle Mayor, me senté y llamé a la camarera. Una jarra grande de cerveza. ¿De medio litro? Sí, de medio litro. ¿Helada? Helada o no helada, me da igual. Me la bebí rápido. Pedí otra. La segunda fue cayendo con más lentitud. Saqué el teléfono móvil. Creo que hablé con alguno de mis hermanos, que llamó para felicitar me. Puede que hablara con mi padre, no lo sé. Para entonces llevaba bastante cerveza en el cuerpo. Dejé el móvil en la mesa. Y entonces llamó Nieves.

Me felicitó. Su cumpleaños es un mes y pico antes que el mío, así que nos acordamos de las fechas. Un montón de preguntas y respuestas insustanciales. Me gustaba hablar con ella, pero no esperaba su llamada a aquellas horas. Apenas eran las doce de la mañana. Y entonces ocurrió.

—¿Estás bebiendo? —preguntó.

—Sí. Estoy celebrando mi cumpleaños.

—¿Y te parece normal?

—Bueno, es mi cumpleaños.

—Estás bebiendo por la mañana, tú a solas el día de tu cumpleaños. Y se te nota en la voz que estás medio borracho. ¿No te parece que tienes un problema?

Siguió una bronca. Un repaso. Una advertencia. Me dijo que no quería volver a verme si mi intención era seguir bebiendo. Que tenía que buscar ayuda. Que tenía un problema. Que no podía seguir así, pues perdía los papeles y no me aguantaba ni mi padre. Que me quería, pero no quería verme así. Se me heló la sangre.

No lo había pensado seriamente. Que alguien pudiera encontrar problemático mi consumo de alcohol. Cuando ella estuvo viviendo en Latinoamérica, me había visto a través de Skype. Y, por mucho que me asegurara de ocultarle a la cámara del ordenador las latas de cerveza, era evidente que durante aquellas charlas me estaba poniendo hasta el culo, o ya me había puesto. Durante la bronca de su llamada de cumpleaños, noté cómo le temblaba la voz. No supe contestar. No me salían las palabras. Fue una de las veces en las que el pedo se me pasó de golpe. En ocasiones, un acontecimiento inesperado, un golpe emocional o un accidente de tráfico te llevan de cabeza a un aparente estado de sobriedad. Nos despedimos. Ella no dejó de decirme lo mucho que me apreciaba. Fue la primera vez que alguien me dijo abiertamente que soy un alcohólico.

Dejé el móvil en la mesa y encendí un cigarrillo. Vale, tenía un problema. Uno que te cagas. Así que tomé la decisión de dejar la bebida. Llamé a la camarera. Pedí otra jarra de cerveza, me daba igual que estuviera helada o no. Me la bebí rápido. Noté cómo volvían a flojearme las piernas y los brazos. Apagué el cigarrillo. Vale, ahora sí. Se acabó. Pagué la cuenta de mi última borrachera. En aquel momento aún no sabía que la

decisión se iba a mantener. Era muy fácil tomar una decisión en caliente, pero al día siguiente podría pensar que quizá la había tomado de forma precipitada y que podía controlar mi consumo bebiendo un poco menos. Sin embargo, las palabras de Nieves rebotaban en mi cabeza y, cada vez que afloraba el recuerdo, sentía una vergüenza tremenda. ¿Alguien más se había percatado y no me ha dicho nada? En el fondo, yo sabía que mi comportamiento no era normal. Los días posteriores, afloraron a mi mente recuerdos intrusivos que en su momento no me habían causado desasosiego. En casa, asado del calor, descubrí que sí había habido alguna advertencia anterior, más tímida, menos obvia, en la que no se mencionaba abiertamente el alcoholismo. La llamada de uno de mis hermanos mientras me emborrachaba en la plaza Mayor de León, por ejemplo. La advertencia de una amiga que me llevó al barrio en coche, advirtiéndome que fuera directo a casa (y, con ello, dejando claro que no se fiaba de que no fuera a seguir bebiendo). La bronca de mi padre al escucharme intentando abrir la puerta sin lograrlo aquel mismo día. Miradas, censuras fugaces. Quizá era más evidente de lo que yo pensaba.

Cómo había llegado a aquella situación es más complicado de discernir. Quizá había algo malo en mí. Quizá no. Puede que fuera la timidez lo que me llevó a beber para intentar vencerla, pero no todas las personas tímidas acaban intentando destruirse bebiendo. Puede que viniera arrastrando los males del pasado desde mi infancia, o puede que estos hubieran surgido en la adolescencia. Puede que las sucesivas rupturas sentimentales y desen-

gaños, o no querer transigir con una existencia mediocre, me hubieran llevado a beber más de la cuenta.

He tomado decisiones en la vida de las que me arrepiento, como todos. Pero no a todo el mundo las decisiones les han ido lastrando el futuro, destruyendo la posibilidad de tener la vida que desean o aproximarse ligeramente a ella siquiera. Siempre he deseado ser escritor, siempre he escrito. Lo suyo es que hubiera cursado BUP y haber acabado en la universidad, pero no fue así. Mis deseos iban orientados a estudiar Historia, pero la realidad se convirtió en un muro edificado a mi alrededor para combatir el miedo.

Sufrí acoso escolar en EGB. Algunos me veían débil, supongo, así que era un blanco fácil. Me esperaban a la salida del colegio para darme «el aguinaldo», y adquirí un perfil gris y cabizbajo para evitar llamar la atención. La única ocasión en la que le comuniqué al director del centro lo que me estaba pasando, el tipo se lo tomó a la ligera y me dijo que no era para tanto. Aquel día me habían estado pegando justo delante de su despacho. Eran otros tiempos.

Los profesores me recomendaron hacer BUP, pero en aquellos años no había muchos institutos en Alcalá, y las posibilidades de encontrarme con algunos de mis compañeros del colegio eran altas. El miedo me llevó a FP. No tengo nada en contra de la Formación Profesional, pero en mi época era el lugar a donde iban a parar los despojos. «El que sabe, sabe; y el que no, a FP», se decía. Era un estigma. También era una mierda. De hecho, no tenía mucho que ver con lo que es hoy.

Así que empecé a estudiar para administrativo. Hace mucho, sí. La escasez de plazas era tal que el primer año me quedé fuera. No pensé en replantearme lo que quería, solo deseaba esconderme. No terminé el segundo grado. En realidad, sentía un profundo rechazo por lo que estaba estudiando. Y, para colmo, empecé a sentir desprecio por todo lo que hacía. Sentía una frustración tremenda. La disimulaba en casa como podía, pero la única verdad es que no deseaba hacer lo que estaba haciendo, no quería estar allí. Sin embargo, pensé que ya era tarde para arrepentirme.

Las decisiones que tomas condicionan tu vida. Cada persona elige lo que cree que más o menos le conviene entre las opciones que tiene delante; y, dependiendo de su clase social, ese abanico de opciones puede ser más amplio o menos. La gente valora qué puede hacer para tener un futuro mejor, qué le permitirá salir adelante con mayores posibilidades de prosperar. Uno nunca sabe si realmente acertó, y la frustración puede surgir incluso si tiene éxito con lo elegido. Pero yo no elegí nada. Solo quería desaparecer. Por aquel entonces no habría calificado de error la decisión, pero sabía que no deseaba hacerlo, que odiaba profundamente haberme metido allí. Y sabía que no tenía futuro. La mala decisión sobre mis estudios me convirtió en una persona frustrada que odiaba lo que hacía y que se autodespreciaba. Cuando llegó el alcohol, lo vi como una vía de escape, una fuga hacia delante, un vivir rápido para no enterarte de que vienes arrastrando numerosos problemas desde la adolescencia. En mis tiempos de instituto todavía quedaban algunos años para

que empezara a beber, y todavía más para emborracharme por primera vez, y bastantes más para convertirme en un alcohólico curtido. Podría haber sido alcohólico igualmente de haber ido a la universidad, por supuesto. Pero eso, el hecho de ser un alcohólico con estudios superiores, me habría abierto posibilidades de solucionar el asunto que, desde luego, no tuve cuando necesité ayuda profesional.

Durante mi adolescencia, me fui enganchando a pintar casas. De hecho, fue mi oficio durante más de diez años. Lo odiaba un poco menos que la Formación Profesional, pero tampoco mucho menos. Sabía que seguía sin tener un futuro y, lo que era peor, el presente me parecía una mierda pinchada en un palo.

Esconderme, pasar desapercibido, huir. Desde adolescente, aquella había sido mi vida. La vida de alguien que vive con miedo y para quien aquel miedo se tornó en peligros muy tangibles. Alguien que dejó que todos aquellos peligros (los reales y los posibles) formaran una nebulosa que le impidió vivir con normalidad.

Unos días después de mi cumpleaños, cuando le conté al médico todo lo que bebía, me confirmó que tenía un problema. No había vuelto a beber desde el rapapolvo de Nieves. Desgrané en la consulta las cantidades que ingería diariamente desde hacía años. Me mostró las opciones, sin disimular su asombro. Podría pedir ayuda a Alcohólicos Anónimos, esperar un tiempo indeterminado a recibir ayuda médica del sistema público o acudir a alguna de las asociaciones evangélicas que había por el barrio a rodearme de «aleluyos» que me explicaran que

dios es mejor que el alcohol (algo que, desde luego, no entraba en mi cabeza). ¿Me lo pensaría? Me lo pensaría. Al salir del centro de salud, tenía que pasar por la puerta de una de aquellas asociaciones evangélicas de camino a casa. En el barrio había unas cuantas, casi todas surgidas ante la necesidad de desintoxicar a docenas de heroinómanos. Ninguna de ellas se iba a conformar con que dejara el alcohol: debía llenar con Jesús el hueco dejado por la bebida. ¿Era aquella toda la ayuda que podía esperar?

En mi escala de valores no cabían dios ni su club de fans. Regresé a casa derrotado, sin saber muy bien qué hacer. De vez en cuando, me la jugaban pensamientos intrusivos que intentaban relativizar mi consumo de cerveza. Las ganas de beber seguían allí. Quizá podría empezar a beber menos. Beber normal. Pero no podía engañarme. Nunca he bebido *normal*. Si salía a beber, mientras otros se bebían dos tercios, yo me bebía cinco. Podría aguantar un día o dos intentando ser normal. Seguramente, llegaría un punto en el que rompería con aquello. Qué más daba, solo una más.

Pero nunca era solo una más. Nunca.

En cuanto llegué a casa, entré en mi dormitorio. El escritorio junto a la cama, la repisa de la habitación, las estanterías con libros, el suelo, la mesa del ordenador... todo lleno de latas de cerveza vacías que llevaban allí desde antes de mi cumpleaños. Fui a la cocina a por una bolsa de basura y me puse a llenarla. Debía haber más de cincuenta latas. Los culos pegajosos habían dejado marca en muchas zonas. Aplasté un poco las latas vacías para que ocuparan menos espacio. Sin embargo, incluso así, la

bolsa era voluminosa. Bajé para tirarla en los contenedores junto al aparcamiento. El inconfundible sonido que hacían las latas entre sí a cada meneo me producía desasosiego. La bolsa cayó en el contenedor con un sonido metálico hueco.